

## álbum familiar

# Fernando Rosas director de orquesta

Creció a la sombra de un padre que poco y nada recuerda si no es por las fotografías; que tuvo la desgracia de morir cuando el tenía dos años y nueve hermanos mayores.

De la infancia, entonces, queda la memoria de Viña del Mar, en una casa grande y semejante a un barco, presidida por el fantasma de un señor que fue agregado naval en Berlín, alcalde de Valparaíso, Ministro de Hacienda y fundador de una compañía de seguros. De ese padre le viene —dice hoy Rosas— la manía de andar “fundando cosas”, orquestas, en su caso; doce, para ser más precisos.

Pero no iban por ahí sus aficiones cuando andaba por los siete años:

A esa edad, se dedicaba por completo al ajedrez. “Asistía a campeonatos mundiales, coleccionaba textos de jugadores famosos, vivía dentro de un tablero”... hasta que dio con un par de avioncitos para armar y simplemente rayó con el aeromodelismo “hacía aviones de madera liviana y papel. Una vez terminados, sujetaba la hélice con un elástico y comenzaban a volar. Era maravilloso”.

En ese mundo velado por la madre que tocaba piano e insistía en recordar al padre, el mayor desastre se produjo cuando, en mala hora, lanzó un par de palabrotas a su profesora del Colegio Alemán. En castigo, lo man-

daron a un internado de Quillota: “fue como una temporada en el infierno, dormitorio común y comidas desagradables, un año horrible que corrigió mi idea feliz de mundo”

Se refugió en la filatelia, con su lupa y álbum correspondiente. Vuelto a casa, en el piano. A los once, ya era un ejecutante eficiente.

“Mi impresión llegó al máximo al escuchar que los mayores aplausos eran para el director, quien era el único que no tocaba ningún instrumento”, contaba hace poco, recordando la sensación que le produjo asistir a su primer concierto sinfónico.

Esa noche, llegó a la casa a embalar sus estampillas. Las vendió a los pocos días, y con la plata se compró la Quinta Sinfonía de Beethoven. El resto, ya es historia.

